

“Glocalización” como meta para el nuevo milenio: la propuesta de Carlos Fuentes en Gringo viejo y La frontera de cristal

Thomas Stauder

Angaben zur Veröffentlichung / Publication details:

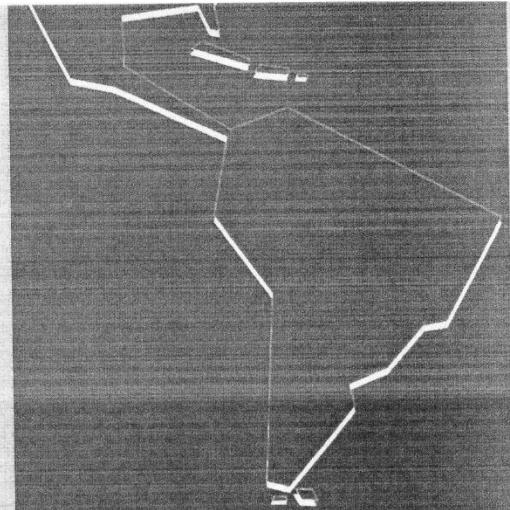
Stauder, Thomas. 2008. “‘Glocalización’ como meta para el nuevo milenio: la propuesta de Carlos Fuentes en *Gringo viejo* y *La frontera de cristal*.” In *Negociando identidades, traspasando fronteras: tendencias en la literatura y el cine mexicanos en torno al nuevo milenio*, edited by Susanne Igler and Thomas Stauder, 39–57. Frankfurt am Main: Vervuert.

Nutzungsbedingungen / Terms of use:

licgercopyright



Universidad
Erlangen-Nuremberg
Centro
Interdisciplinario
de Estudios
de Área



ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

49

Susanne Igler / Thomas Stauder (eds.)

Negociando identidades, traspasando fronteras

Tendencias en la literatura y
el cine mexicanos en torno
al nuevo milenio

Iberoamericana / Vervuert

Redacción:

Universidad de Erlangen-Nuremberg
Centro Interdisciplinario de Estudios de Área
Sección Iberoamérica
Bismarckstr. 1
D-91054 Erlangen
Alemania

*Impreso con el apoyo de la Dr.-German-Schweiger-Stiftung y
del Verein "Wirtschaft und Gesellschaft"*

Bibliographic information published by Die Deutsche Nationalbibliothek
Die Deutsche Nationalbibliothek lists this publication in the Deutsche
Nationalbibliografie; detailed bibliographic data are available on the Internet
at <http://dnb.ddb.de>

© Iberoamericana 2008
Amor de Dios, 1
E-28014 Madrid
info@iberoamericanalibros.com
www.ibero-americana.net

© Vervuert Verlag 2008
Elisabethenstr. 3-9
D-60549 Frankfurt am Main
info@iberoamericanalibros.com
www.ibero-americana.net

ISBN 978-84-8489-360-8
ISBN 978-3-86527-380-2
Depósito legal: B-4.662-2008
Diseño de la cubierta: Michael Ackermann
Este libro está impreso íntegramente en papel ecológico blanqueado sin cloro

Impreso en España por Book Print Digital

“Glocalización” como meta para el nuevo milenio: la propuesta de Carlos Fuentes en *Gringo viejo* y *La frontera de cristal*

THOMAS STAUDER

Introducción

A raíz de su infancia multinacional, que, por ser hijo de un diplomático, pasó en varios países latinoamericanos y sobre todo durante algunos años en los Estados Unidos, Carlos Fuentes estaba predestinado a comparar en sus obras las peculiaridades de su patria¹ con las de otras naciones. En la terminología de la teoría de los sistemas de Luhmann, se podría llamar a Fuentes un “observador de segundo orden”, alguien que está observando desde el sistema “México” pero al mismo tiempo es su propio observador desde fuera (Luhmann 2003: 156).

Cuando en 1987 Fuentes recibió el Premio Cervantes, María Victoria Reyzábal le preguntó: “¿Cuánto tiene usted de hombre universal y cuánto de mexicano?”. En su respuesta, Fuentes parece reivindicar para sí exactamente esta posición de espectador neutral ante culturas que le son familiares:

El hombre que se siente perfectamente a gusto sólo en su tierra no es sino un tierno principiante. El que se siente cómodo en todas partes ya es mejor. Pero sólo es perfecto quien se siente un extraño en todos los lugares que visita (Reyzábal 1988: 86).

En este sentido, podemos comprender mejor la relación que Fuentes mantiene con su patria a la luz de las teorías de Roland Robertson; este último sostiene que en las sociedades modernas las tendencias locales y globalizantes muchas veces coinciden, proponiendo para este fenómeno el término de “glocalización” (Robertson 1995: 27-29). En un artículo de Fuentes publicado en 2002 encontramos consideraciones muy parecidas, resultando en esta frase: “No hay globalidad que valga sin localidad que sirva” (Fuentes 2002: 103).

En lo que sigue, se analizará en las novelas *Gringo viejo* de 1985 y *La frontera de cristal* de 1995 la particular reflexión literaria de Fuentes de la compleja relación cultural entre México y Estados Unidos en el medio de la ficción; por un lado, pondremos el acento en las nociones estereotipadas y los prejuicios nacionales; por otro lado, en la superación de las ‘fronteras mentales’ mediante encuentros y procesos de aprendizaje.

¹ Fuentes nació en 1928 en la Ciudad de Panamá, pero se declara mexicano: “México es mi patria no sólo por genética; mi padre era veracruzano, mi madre sinaloense. Me siento muy feliz en los dos mares de México, más que en su angustiosa meseta ritual y sacrificial. Lo es, también, por elección [...]: ésta quiero que sea mi patria, éste mi pasado más entrañable, éste el horizonte de mi futuro, donde quiera que me encuentre” (Reyzábal 1988: 86-87).

1. *Gringo viejo* (1985)

En *Gringo viejo* el autor nos avisa desde un principio que los hombres reproducen las fronteras entre las culturas en sus propios interiores; en la teoría de los sistemas de Luhmann, esta repetición de la diferencia dentro de lo diferenciado se llama “re-entry”. Fuentes da a entender que es exactamente ese proceso psicológico lo que le interesa:

—Ellos, los gringos, sí —dijo el coronel Frutos García—, se pasaron la vida cruzando fronteras, las suyas y las ajenas —y ahora el viejo había cruzado hacia el sur porque ya no tenía fronteras que cruzar en su propio país. [...]

«¿Y la frontera de aquí adentro?», había dicho la gringa tocándose la cabeza. «¿Y la frontera de acá adentro?», había dicho el general Arroyo tocándose el corazón. «Hay una frontera que sólo nos atrevemos a cruzar de noche —había dicho el gringo viejo—: la frontera de nuestras diferencias con los demás, de nuestros combates con nosotros mismos» (Fuentes 1989: 19-20).

1.1. Nociones estereotipadas y prejuicios nacionales

1.1.1. En el pasado (antes del estallido de la Revolución mexicana)

A pesar de que la acción se desarrolla en el año 1913 y por eso tras el estallido de la Revolución mexicana, varias retrospectivas se refieren también a las relaciones entre México y Estados Unidos en el siglo XIX. Por ejemplo, el gringo viejo —cuyo carácter se basa en el modelo del escritor Ambrose Bierce— recuerda cómo, durante su actividad como periodista, los mexicanos tenían fama de vivir a un ritmo mucho más lento que los norteamericanos (Fuentes 1989: 32), estableciendo de esta manera una dicotomía —ahora en parte desmentida por la Revolución— entre tradición y progreso.

El antiguo jefe del gringo, el magnate periodístico Randolph Hearst, había siempre impedido la publicación de reportajes críticos sobre la dictadura de Porfirio Díaz en México (Fuentes 1989: 83); por una parte porque ese régimen era ventajoso para sus propios intereses económicos en el país vecino (Fuentes 1989: 85), por otra parte porque estaba convencido de que los mexicanos necesitaban una ‘mano fuerte’ (Fuentes 1989: 83), revelando de esta manera sus prejuicios relativos a la supuesta ‘inmadurez democrática’ de los mexicanos. La arrogancia política de Estados Unidos frente a México —utilizada muchas veces como justificación para intervenciones militares (Fuentes 1989: 33)— fue deploreada ya por el presidente Díaz, citado en la novela de Fuentes con la frase: “Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos” (Fuentes 1989: 32).

1.1.2. En el presente (durante la Revolución mexicana)

El gringo viejo –apodo habitual del personaje en el curso de la narración, ya que Fuentes evita darle un nombre propio– y la ciudadana norteamericana Harriet Winslow llaman la atención de los mexicanos por la palidez de su piel (Fuentes 1989: 28) y sus vestidos insólitos (Fuentes 1989: 47, 54); cuando el gringo demuestra su hombría a Tomás Arroyo mediante la destreza en el manejo de una pistola (Fuentes 1989: 35), la escena hace pensar en la caricatura de una película del Oeste.

A los ojos de los dos norteamericanos –y aquí se cita una frase famosísima de *El laberinto de la soledad*–, los rostros de los mexicanos parecen máscaras (Fuentes 1989: 96), debajo de las cuales esconden sus verdaderos sentimientos (Fuentes 1989: 37, 46); pero también para los mexicanos es difícil distinguir entre las caras extranjeras de los gringos (Fuentes 1989: 21, 27).

Una experiencia muy común de alteridad la representan los platos típicos del país que el forastero todavía no conoce (Fuentes 1989: 38); apenas pasada la frontera, el gringo se percata de ellos (Fuentes 1989: 26), y la gringa más tarde se topa igualmente con la cocina mexicana (Fuentes 1989: 96). Lo que aparte de eso atrae la atención de los viajeros es la hospitalidad de los habitantes (Fuentes 1989: 26-27), o los paisajes desconocidos (Fuentes 1989: 67-68), donde no existen las mismas estaciones del año que en Estados Unidos (Fuentes 1989: 111).

Sin embargo, lo que resulta más importante que estas observaciones superficiales es la comprensión de las profundas diferencias culturales entre las dos naciones; para este discernimiento hace falta más tiempo. Una de las diferencias subrayadas en la novela de Fuentes consiste en la oposición entre el catolicismo sensual y barroco de los mexicanos (Fuentes 1989: 107) y la escueta religión protestante de los norteamericanos (Fuentes 1989: 76, 107).

Los mexicanos se creen víctimas de la agresividad y codicia de otros pueblos, refiriéndose no sólo a los conquistadores españoles del siglo XVI, sino también a los estadounidenses, quienes arrebataron a los mexicanos una parte importante de su territorio en el siglo XIX (Fuentes 1989: 132). Encontramos en ese contexto la expresión ya estereotipada de "hijos de la chingada", analizada por Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*. El que simboliza en la novela el trágico destino de los mexicanos es Tomás Arroyo, hijo ilegítimo del hacendado Miranda y de una criada indígena (Fuentes 1989: 69), nunca reconocido por su padre y por eso sin derecho a la herencia (Fuentes 1989: 129). Eso explica porqué Arroyo atribuye una tal importancia a la posesión de los documentos que prueban la procedencia de las tierras de su padre (Fuentes 1989: 150), y porqué mata al gringo tras la destrucción de estos papeles.

Cuando empieza su estancia en tierras mexicanas, la gringa Harriet Winslow se centra en la preservación de su identidad norteamericana (Fuentes 1989: 44); piensa en categorías de imperialismo cultural y cree tener la capacidad y la

obligación de aconsejar a los mexicanos, menospreciados como miembros de una civilización presuntamente inferior:

—Mírelas, lo que esta gente necesita es educación, no rifles. Una buena lavada seguida de unas cuantas lecciones sobre cómo hacemos las cosas en los Estados Unidos, y se acabó este desorden... —¿Los va a civilizar? —dijo secamente el viejo. —Exactamente. Y desde mañana mismo (Fuentes 1989: 51).

Con eso, Harriet no sólo alude a su actividad como maestra (Fuentes 1989: 95), motivo original de su viaje a México; se propone igualmente enseñar a los habitantes de este país el respeto por la propiedad privada y las reglas básicas de la democracia (Fuentes 1989: 96).

1.2. Superación de las ‘fronteras mentales’ mediante encuentros y procesos de aprendizaje

1.2.1. Anteriores ‘pasos de frontera’ en las familias de los protagonistas

No sólo el padre del gringo, sino también el padre de la gringa ya habían entrado en contacto con las naciones colindantes con Estados Unidos, una experiencia transmitida a sus familias que hasta un cierto punto condiciona el comportamiento de los protagonistas cuando finalmente se encuentran en México.

El padre del gringo había participado en campañas militares primero contra los indios norteamericanos y luego contra los mexicanos, lo que le dio la posibilidad de observar el alto grado de desarrollo de la cultura mexicana (Fuentes 1989: 80-81); estos antecedentes estimularon a su descendiente a emprender ahora, en el año revolucionario de 1913, otro tipo de viaje hacia el sur (Fuentes 1989: 84). Y, a diferencia de Harriet, el gringo sabe desde el principio de su estancia en México que hay que respetar los valores de esta nación:

El viejo le habría dicho que en México no había nada que someter y nada que salvar. —Esto es lo que nos cuesta entender a nosotros porque nuestros antepasados conquistaron la nada mientras que aquí había una raza civilizada. Eso me lo contó mi padre después de la guerra en 1848. México no es un país perverso. Es sólo un país diferente (Fuentes 1989: 111).

En cuanto al padre de la gringa, éste había luchado contra los españoles durante la guerra de Cuba a finales del siglo XIX, una tradición familiar que explica el interés de Harriet por el proverbial “patio trasero” (Fuentes 1989: 53) de los Estados Unidos (un concepto hegemónico que incluye también a México). Aparte de eso, el padre de Harriet —justamente cuando vivía en la puritana ciudad de Washington— tuvo una amante negra (Fuentes 1989: 58), lo que significa que la atracción sensual y erótica de otros pueblos era algo ya conocido y experimentado en la estirpe de los Winslow. El hecho de que Harriet —a pesar de su treintena de años— haya tenido apenas algunas pequeñas experiencias amorosas con el otro sexo antes

de viajar a México explica su rápida fascinación por Tomás Arroyo; no sería exagerado suponer que ella estaba buscando un amante latino como equivalente de la concubina negra de su progenitor.

1.2.2. Actuales ‘pasos de frontera’ de los protagonistas

Cuando todavía era periodista en Estados Unidos, el gringo viejo ya había criticado el capitalismo desenfrenado de sus paisanos (Fuentes 1989: 74); hablando ahora con Harriet, confiesa no estar orgulloso de su patria (Fuentes 1989: 79-80). Tras el final del gran avance norteamericano hacia el oeste —que había terminado en la costa californiana— (Fuentes 1989: 75), para el sueño del gringo de una sociedad mejor le quedaba sólo la mirada hacia el sur, donde la Revolución mexicana prometía espectaculares avances políticos:

Ahora ellos los mexicanos eran, quizás sólo por un instante, [...] como todos los gringos: inquietos, moviéndose, olvidando su antigua fidelidad a un solo lugar y un solo paisaje y un solo cementerio (Fuentes 1989: 126).

El gringo no sólo admira en los mexicanos el mestizaje cultural y étnico (Fuentes 1989: 80), sino también la lucha armada por la libertad, que restituye al gringo su fe en el compromiso social, que ya creía perdida:

¿Por qué no había de gobernarse la gente a sí misma, aquí mismo en su tierra: era éste un sueño demasiado grande? [...] Arroyo sabía —le dijo al gringo viejo— que una nueva violencia era necesaria para acabar con la vieja violencia. [...] El viejo [...] dijo que [...] eran palabras de hombre, le dijo, y las agradecía porque lo ataban de nuevo a los hombres cuando él había hecho una profesión de negar la solidaridad o cualquier otro valor (Fuentes 1989: 82).

El pueblo mexicano ahora representa aquel idealismo político antes capitaneado por los Estados Unidos, y por eso el gringo viejo siente renacer sus antiguos instintos cuando pisa tierra mexicana:

Desde que entró a México sus sentidos habían despertado; sintió al cruzar las montañas y el desierto que podía oler y gustar y ver como nunca antes, como si fuera otra vez muy joven, mejor que cuando era joven (Fuentes 1989: 140).

En cuanto a Harriet, el gringo observa que ella también ha emprendido el viaje hacia el sur por motivos intrínsecos de autorrealización: “está aquí igual que yo, luchando por ser” (Fuentes 1989: 46). Aun antes del encuentro con Tomás Arroyo, Harriet, por mera casualidad, tiene ocasión de salvar la vida a una niña mexicana, por lo que puede demostrar su amor por los niños, algo que hasta entonces no le había sido posible en Estados Unidos:

Quizá sólo para esto vine a México. [...] Yo no tuve hijos. Pero a esta niña yo la salvé. Me cuesta descubrir el amor en lo que no me es familiar. Lo concibo y lo protejo como un gran misterio (Fuentes 1989: 101).

Pero no cabe duda de que la experiencia más importante para la ‘solterona’ Harriet reside en la luxuria exótica de su amante mexicano, que le recuerda las aventuras eróticas de su padre:

Harriet hundió la nariz en la nuca de Tomás Arroyo y olió a sexo erizado y velludo de una negra: Capitán Winslow, estoy muy sola y usted puede tomarme cuando guste (Fuentes 1989: 110).

Lo que Harriet admira al principio en la persona de Arroyo no son ni su inteligencia ni su fuerza de voluntad ni sus convicciones políticas: lo que le atrae a él es únicamente la potencia sexual (Fuentes 1989: 124), mediante la cual Harriet logra despertar su propia sensualidad (Fuentes 1989: 134). Esa vivencia provoca una transformación duradera de su carácter, advertida por el gringo viejo:

Arroyo la hizo sentirse puta y a ella le encantó ser lo que despreciaba. [...] Ella había cambiado para siempre, [...] fue ella misma, por fin: él había sido el testigo privilegiado del momento en que un individuo, hombre o mujer, cambia para siempre (Fuentes 1989: 142).

Harriet se acostumbra a la manera de vivir de los mexicanos (Fuentes 1989: 171-172) y deja de mirar con su anterior arrogancia paternalista a los habitantes del país (Fuentes 1989: 154-155). Su nueva actitud se manifiesta cuando, tras haber regresado a Estados Unidos, habla con los reporteros norteamericanos:

—¿No quiere que salvemos a México para la democracia y el progreso, señorita Winslow?—
No, no, yo quiero aprender a vivir con México, no quiero salvarlo —alcanzó a decir y abandonó al grupo de periodistas (Fuentes 1989: 178).

Harriet se da cuenta de su toma de conciencia y se alegra de haber aprendido tanto de los mexicanos; quiere cambiar todavía más, sin renunciar completamente a su identidad estadounidense, para llegar a una especie de mestizaje cultural:

Yo, Harriet Winslow, vivía de tantas maneras una muerte dentro de mí, sabiendo que estaba muerta [...]: ahora tú dime, general Tomás Arroyo, tú dime si yo he salido de mí misma, [...] ahora he salido a la vida fuera de mí, la vida que ignoraba, ahora la admito y tú eres parte de esa vida, [...] no he conocido a toda tu gente, no les he dado mi mirada a todos como hubiera querido [...]. Yo no puedo asimilarlo en tan poco tiempo. [...] Pero he aprendido. Estoy haciendo un esfuerzo, te lo juro. Estoy tratando de entenderlo todo, a ti, a tu país, a tu pueblo. Pero también soy parte de mi propio pueblo, no puedo negar lo que soy (Fuentes 1989: 181-182).

Para designar este tipo de intercambio harmónico entre identidades locales se podría muy bien utilizar el término robertsoniano “glocalización”; ese concepto corresponde además a lo que deseaba Arroyo como resultado de su encuentro con los norteamericanos:

Quería que los dos gringos dijeran cuando se fueran de México: –He estado aquí. Esta tierra ya nunca me dejará. Eso es lo que pido a los dos. Palabra de honor: es lo único que quiero. No nos olviden. Pero sobre todo, sean nuestros sin dejar de ser ustedes (Fuentes 1989: 112).

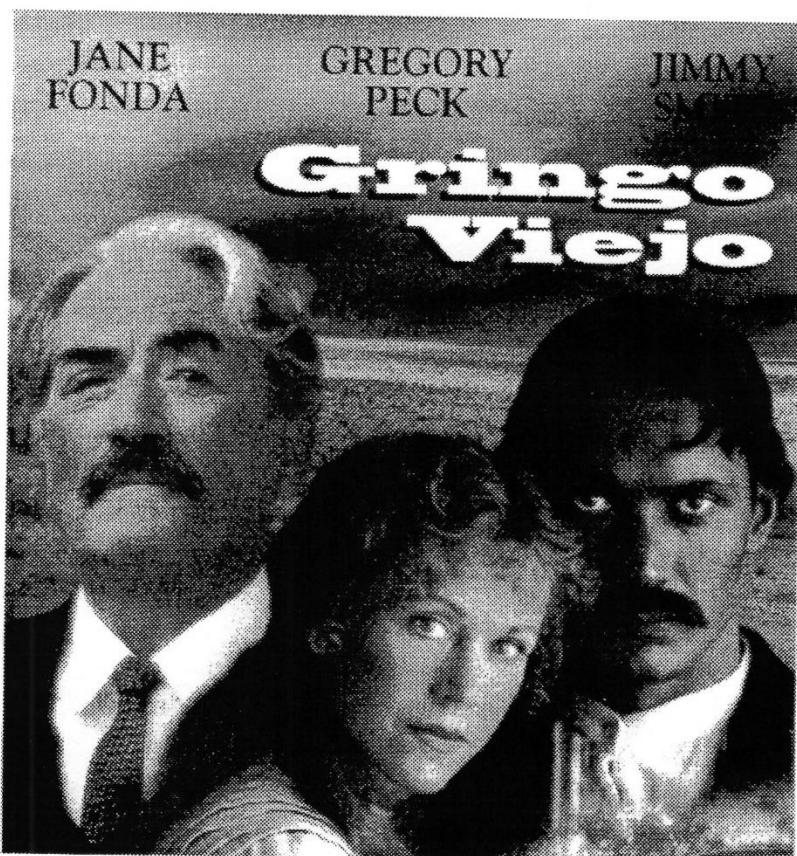
En su noche romántica con Harriet, Arroyo parece sellar una unión simbólica entre México y Estados Unidos (Fuentes 1989: 125); sin embargo, ya entonces el gringo viejo sospecha que para Arroyo la seducción de la gringa pueda significar sobre todo una revancha nacional tras las derrotas militares del siglo XIX (Fuentes 1989: 119).

Y es verdad que a diferencia de los dos norteamericanos, la conciencia del revolucionario mexicano no ha sido sometida a ninguna verdadera transformación:

Ajeno al misterio de los dos gringos, con un fragmento de la conciencia de Harriet dentro de su cabeza, este general sabio y valiente [...] no había comprendido nada del mundo fuera de su tierra (Fuentes 1989: 146).

Por eso Arroyo se niega a aprender algo de Harriet (Fuentes 1989: 149); hasta el asesinato del gringo viejo puede ser interpretado como consecuencia de la obsesión de Arroyo por la propia identidad nacional, que él ve representado por los títulos de propiedad (Fuentes 1989: 151).

Una manifestación y un símbolo de la dinámica relación entre México y Estados Unidos son los casos de contacto lingüístico entre español e inglés mencionados en esta novela. Tanto el gringo viejo (Fuentes 1989: 39) como Harriet (Fuentes 1989: 55-56) dominan ambos idiomas, indicio de su disposición a tratar de comprender la cultura foránea; la gringa hasta reflexiona sobre la cuestión de si las diferencias estructurales entre idiomas nos revelan algo sobre las diferencias en la cosmovisión (Fuentes 1989: 127). Quien no posee este tipo de competencia interlingüística es Tomás Arroyo, que sólo conoce las palabras españolas; pero a veces Harriet le enseña los equivalentes ingleses (Fuentes 1989: 109).



Con base en la novela de Carlos Fuentes y un guión de Aída Bortnik, el director argentino Luis Puenzo rodó en México la película homónima financiada por una productora *hollywoodense*, que llegó a las pantallas en 1989. (Ilustración cortesía de Columbia Pictures.)

2. *La frontera de cristal* (1995)

Ya en “La capitalina”, primer relato de esta “novela en nueve cuentos”, se nos explica el sentido de la metáfora en el título del libro: “una frontera ilusoria, de cristal, porosa, por donde circulan cada año millones de personas, ideas, mercancías, todo (en voz baja, contrabando, estupefacientes, billetes falsos...)” (Fuentes 1996: 34). Aunque todos los textos de ese volumen giran alrededor del tema de la frontera –y aunque todos estos relatos están vinculados mediante personajes que son parientes y amigos de otros personajes–, no todos los cuentos son igualmente fecundos para la cuestión que aquí nos interesa, y por eso en lo que sigue me limitaré a analizar seis de los nueve relatos.

2.1. “La pena”

2.1.1. Nociones estereotipadas y prejuicios nacionales

Al inicio de los años ochenta, el joven mexicano Juan Zamora es mandado a estudiar a Estados Unidos por sus padres, que no se fían de las universidades de su propio país. En Ithaca (estado de Nueva York), Juan habita como subarrendado en la casa de un armero norteamericano; la familia de éste parece relativamente inculta, tiene ideas políticas conservadoras y por consiguiente está a favor de intervenciones militares en el “patio trasero” de su país:

Están entusiasmados por el triunfo de Ronald Reagan [...]. Ven la televisión todas las noches y aplauden las decisiones del nuevo presidente, su sonrisa de estrella de cine, [...] su optimismo en declarar que vuelve a amanecer en América, su firmeza en detener los avances del comunismo en Centroamérica (Fuentes 1996: 46).

Al mismo tiempo, la familia Wingate encarna el extraordinario espíritu de trabajo de los norteamericanos, una actitud poco habitual en los mexicanos:

Juan Zamora se asombra de que los niños gringos trabajen todos desde chiquitos, de niñeros, repartiendo periódicos o vendiendo limonada en el verano. –Es para inculcarles la ética de trabajo protestante –dice con solemnidad Mr. Wingate (Fuentes 1996: 48).

Las costumbres de vestimenta y alimenticias de sus compañeros de estudios estadounidenses –ambas algo informales desde la perspectiva de la norma mexicana–, a Juan le parecen maleducadas y repugnantes:

Juan Zamora intenta relacionarse. Le llama la atención el extremo desaliño de los estudiantes. Usan gorras de béisbol que no se quitan en el interior ni para saludar a las mujeres. Rara vez se rasuran por completo. Beben la cerveza empinando la botella sobre los labios. Usan camisetas sin mangas, mostrando a todas horas el vello de las axilas. [...] Se llenan las bocas de hamburguesa, papas fritas y todo un menú salido de bolsas de plástico. [...] Poco a poco, Juan fue alivianando su ajuar, [...] pero siempre mantuvo –de espaldas– una corrección mínima (Fuentes 1996: 49-50).

2.1.2. Superación de las ‘fronteras mentales’ mediante encuentros y procesos de aprendizaje

En la facultad de medicina, Juan conoce a un estudiante norteamericano llamado Jim, que le ayuda a descubrir su disposición homosexual, que hasta entonces había ignorado; empieza una apasionada relación amorosa entre los dos jóvenes de diversas etnias, “el rubio y el moreno” (Fuentes 1996: 54). Jim no sólo es más culto que los Wingate, sino también menos estrecho de miras en sus convicciones políticas. Mientras que Juan frente a los Wingate se ve forzado a mentir y fingirse

miembro de una familia de hacendados para no ser despreciado como ‘miserable mexicano’, frente a su amante Jim se siente suficientemente confiado para confesar su procedencia de una familia de la burguesía empobrecida. Mediante la sinceridad de esta relación afectiva, Juan logra librarse de su aislamiento en el seno de la sociedad estadounidense: “Se sintió aliviado, limpio. [...] No habría una sola mentira entre los dos” (Fuentes 1996: 59).

Sin embargo, la harmoniosa relación entre los dos jóvenes no podrá prolongarse; Jim avisa a Juan de la decisión de sus padres de que debe abandonar a su pareja homosexual para contraer un matrimonio convencional:

su matrimonio concertado desde siempre, desde antes de conocer a Juan, arreglado por las familias de la rica clase profesional de Seattle, del otro lado del continente, donde se esperaba que un joven médico con futuro estuviera casado, tuviera hijos, eso inspiraba respeto, inspiraba confianza (Fuentes 1996: 62).

Juan decide interrumpir sus estudios en Estados Unidos y vuelve a México.

2.2. “El despojo”

2.2.1. Nociones estereotipadas y prejuicios nacionales

Este relato, en cuyo centro está el cocinero mexicano Dionisio “Baco” Rangel, en lugar de disolver los clichés nacionales empieza corroborándolos –aunque en un tono humorístico, excluyendo de esta manera la patriotería exagerada-. El protagonista admira únicamente la cultura gastronómica de su propio país y se mofa de las costumbres culinarias del país vecino: “el amor por la cocina mexicana y el concomitante desprecio por otras cocinas de muy pobre perfil, como la de los Estados Unidos de América” (Fuentes 1996: 71).

En el curso de la narración, esta afirmación inicial sufre repeticiones y variaciones; pero siempre el protagonista mexicano critica el *fast food* de los norteamericanos como expresión de su falta de cultura y sensibilidad histórica:

Dionisio le hablaba a docenas de émulos de Beavis y Butthead, vástagos de Wayne’s World, legiones de muchachos convencidos de que ser idiotas era la mejor manera de pasar por el mundo desapercibidos [...]. ¿Cómo iban a entender los sucesores de Forrest Gump que generaciones y más generaciones de monjas, abuelitas, nanas y solteronas eran indispensables para que sólo una ciudad mexicana, Puebla, ofreciese más de ochocientas recetas de postres, obra de la paciencia, la tradición, el amor y la sabiduría? [...] Los estudiantes de ‘Baco’ lo miraban como un loco y para desmentirlo, lo invitaban a veces a MacDonald’s después de clase (Fuentes 1996: 76).

2.2.2. Superación de las ‘fronteras mentales’ mediante encuentros y procesos de aprendizaje

Curiosamente, es en Estados Unidos donde la refinada cocina mexicana de Dionisio encuentra una acogida particularmente entusiasta; por eso recorre ese país durante semanas para presentar un ciclo de conferencias. Él ve su ‘campaña culinaria’ como parte de una futura ‘reconquista’ de las antiguas regiones mexicanas, cedidas en el siglo XIX al vecino gobierno norteamericano. A finales del siglo XX, el sur de Estados Unidos casi ya está en manos de hispanohablantes compuestos por los viejos *Spanish*, que trazan su familia hasta los días de Francisco Coronado, los chicanos politizados y los inmigrantes ilegales recién llegados; dentro de poco el idioma más difundido será el español:

Dionisio ‘Baco’ Rangel era una autoridad culinaria, celebrado y bien pagado, sobre todo, en el país al que más despreciaba por la pobreza de su cocina. Llevado y traído por los Estados Unidos de América [...], Dionisio decidió que ésta era la cruz de su existencia: predicar la buena cocina en un país incapaz de entenderla o practicarla. [...] Dionisio alegaba que él no era antiyanqui ni en este capítulo ni en cualquier otro, por más que no hubiese niño nacido en México que no supiera que los gringos, en el siglo XIX, nos despojaron de la mitad de nuestro territorio. [...] Ahora [...] estábamos en el trance de recuperar la patria perdida gracias a lo que podría llamarse el imperialismo cromosómático de México. Había millones de trabajadores mexicanos en los Estados Unidos y treinta millones de personas, en los Estados Unidos, hablaban español. [...] El hecho es que si los gringos nos chingaron en 1848 con su ‘destino manifiesto’, ahora México les daría una sopa de su propio chocolate, reconquistándoles con mexicanísimas baterías lingüísticas, raciales y culinarias (Fuentes 1996: 72-73).

En el curso de su estancia en el país vecino, Dionisio pierde una parte de sus prejuicios sobre los estadounidenses cuando se percata de que entre ellos existen diferencias muy marcadas de gusto y comportamiento:

Las rarezas norteamericanas solicitaban su atención, le complacía descubrir que debajo de los lugares comunes sobre la sociedad uniforme, robótica, sin personalidad culinaria (artículo de fe) se agitaba un mundo multiforme, excéntrico [...] en su fermento corrosivo del orden impuesto [...] por Washington y su Capitolio (Fuentes 1996: 81).

Dionisio termina reconociendo que aparte de su despreciable comida existen ciertos campos donde los habitantes del país vecino son capaces de grandes logros: “—No me gusta la cocina americana, pero sí admiro la cultura, los deportes, el cine, la literatura de los gringos” (Fuentes 1996: 97).

2.3. "La raya del olvido"

2.3.1. Nociones estereotipadas y prejuicios nacionales

El protagonista de ese relato es el viejo y decrepito Emiliano Barroso, a quien sus hijos dejaron abandonado en una silla de ruedas muy cerca de la frontera entre México y Estados Unidos. Barroso se sirve de ese confinamiento para reflexionar sobre los valores morales de los dos países; reprocha a sus hijos su aspiración a riquezas sólo materiales, que buscan al norte de la frontera, mientras que menosprecian a su patria mexicana por sus numerosos problemas:

Pochos, les dije, descastados. No se pongan del lado del enemigo. Se rieron de mí. Si del otro lado es peor, México es el lugar enemigo. Del lado mexicano hay más injusticia, más corrupción, más mentira, más pobreza. Da gracias de que somos gringos. Eso dijo mi hijo que es más duro y amargado (Fuentes 1996: 122).

A pesar de esa actitud de los jóvenes, Emiliano Barroso quiere transmitir las tradiciones culturales mexicanas que él recibió de su propio padre: "Yo creo en el valor del respeto a los viejos. No como mis hijos. ¿O es ley de vida despreciar así sea secretamente a los viejos?" (Fuentes 1996: 125).

2.3.2. Superación de las 'fronteras mentales' mediante encuentros y procesos de aprendizaje

Estas posiciones aparentemente irreconciliables se acercan cuando el viejo Emiliano finalmente muestra su comprensión hacia los mexicanos que tratan de superar la frontera rumbo al norte. Fuentes transforma este pasaje en un himno al intercambio cultural entre las diversas naciones:

Mis hermanos y hermanas que cruzan la raya aunque los maten y los humillen. [...] Corren los pies cruzando la raya. No hay motivo para temer su rumor. ¿Qué llevan, qué traen? No sé. Lo importante es que lleven y traigan. Que mezclen. Que cambien. Que no se detenga el movimiento del mundo. [...] Como un chorro entran a mi mirada a mis ojos a mi lengua sus nombres, cruzando todas las fronteras del mundo, rompiendo el cristal que los separa (Fuentes 1996: 132-133).

2.4. "Las amigas"

2.4.1. Nociones estereotipadas y prejuicios nacionales

Aquí la portadora de prejuicios es una vieja y amargada viuda llamada Miss Amy Dunbar, que vive sola en su confortable casa de un suburbio de Chicago. Con su actitud racista ya ha ahuyentado a varias criadas negras, cuando su sobrino le

propone finalmente una sirvienta mexicana. Incluso antes de conocerla, la vieja proclama: “Los mexicanos son holgazanes” (Fuentes 1996: 175).

La joven mexicana Josefina, que termina aceptando el puesto en la casa de Miss Dunbar, se ve forzada a aguantar estas condiciones de trabajo poco agradables, ya que necesita urgentemente el dinero a causa del encarcelamiento de su marido. Además de sus prejuicios frente a ciertas etnias, Miss Dunbar parece ignorar la importante tradición cultural de la nación mexicana:

Al principio, Miss Amy ni siquiera le dirigía la mirada a Josefina. La vio la primera vez y confirmó todas sus sospechas. Era una india. No entendía por qué esta gente que en nada se diferenciaba de los iroquois insistía en llamarse ‘latina’ o ‘hispana’ (Fuentes 1996: 178).

Miss Dunbar no duda en atribuir a Josefina una falta de higiene personal, un cliché que la mexicana puede refutar con su comportamiento:

Mirando intensamente las axilas de Josefina para ver si olía algo feo, si veía una mancha reprobable, pero la sirvienta era limpia, Miss Amy escuchaba todas las noches el agua corriendo, el baño puntual antes de acostarse en la recámara de la servidumbre (Fuentes 1996: 181).

Cuando Josefina compra de su propio sueldo algunas flores para adornar la casa, Miss Dunbar la acusa de haberlas hurtado, ya que esto corresponde a sus ideas acerca de las costumbres mexicanas: “¡Apuesto a que las robaste! ¡Aquí no se tocan los prados! ¡Aquí hay algo que se llama la propiedad privada!” (Fuentes 1996: 181).

Lo que tampoco le gusta a la vieja es el catolicismo de su criada mexicana, porque en su religión protestante no conoce similares excesos sensuales:

—¿Qué tiene en su recámara? —le preguntó a su sobrino Archibald al día siguiente. —¿Cómo la adorna? —Como todas las mexicanas, tía. Estampas de los santos, imágenes de Cristo y la Virgen, un viejo exvoto dando gracias, qué sé yo. —La idolatría. El papismo sacrílego. —Así es, y nada lo va a cambiar —dijo Archibald [...]. —¿No te parece repugnante? —A ella les parecen repugnantes nuestras iglesias vacías, sin decorado, puritanas (Fuentes 1996: 184).

Cuando una vez, en un arrebato de generosidad, recibe a los amigos de Josefina en su casa, a Miss Dunbar los rostros de los mexicanos le parecen máscaras:

Miss Amy trató de penetrar con su inteligencia los ojos negros, las carnes oscuras, las sonrisas anchas de los amigos de su criada, los mexicanos. Eran impenetrables. Sintió que miraba un muro de cactus, punzante [...]. No había por donde tomarlos. Eran otros, ajenos, confirmaban a la señorita en su repulsión, en su prejuicio... (Fuentes 1996: 190-191).

2.4.2. Superación de las ‘fronteras mentales’ mediante encuentros y procesos de aprendizaje

La primera tentativa de acercamiento entre las dos mujeres procede de la joven mexicana, a quien le da lástima la infeliz vieja; pero Miss Dunbar rechaza su gesto de ternura:

En vez de retirarse como siempre, le acomodó las almohadas y le tocó la cabeza, le acarició la frente a la señora. –¡No me toques! –gritó histérica Miss Amy. –¡No te atrevas nunca a tocarme! –gritó de nuevo, volteando la mesita del desayuno, mojando las sábanas de té (Fuentes 1996: 185-186).

Más tarde, Josefina llama la atención de Miss Dunbar sobre el hecho de que las madres de ambas solían acicalarse en ocasiones muy similares, lo que parece probar que las costumbres de sus pueblos no son tan diferentes:

Miss Amy [...] dijo que en la Nueva Orleans su madre se aparecía en el balcón los días de fiesta con todas sus joyas puestas, para que la ciudad entera la admirara al pasar... –Es igual en Juchitán... –Hoochy-what? –Juchitán es nuestro pueblo, en Tehuantepec. Mi madre también salía a lucir sus joyas los días de fiesta (Fuentes 1996: 187).

Cuando Miss Dunbar quiere mostrarse algo más amable con su criada mexicana, le permite celebrar una fiesta con sus compatriotas en el jardín; pero viendo los rostros exóticos e impenetrables de los mexicanos, la dueña de la casa no puede soportar esa intrusión de la alteridad y hace parar la fiesta.

Al final del cuento, Miss Dunbar, impulsada por una especie de arrepentimiento de su comportamiento desalmado, se decide por un gesto de solidaridad y reconciliación:

Esa noche, Miss Amy le pidió a Josefina que la ayudara a desvestirse y a ponerse el camisón. [...] La criada la ayudó a meterse en la cama. [...] Le acomodó las almohadas y estaba a punto de retirarse y desechar buenas noches cuando las dos manos tensas y antiguas de Miss Amalia Ney Dunbar tomaron las manos fuertes y carnosas de Josefina. Miss Amy se llevó las manos de la criada a los labios, las besó y Josefina abrazó el cuerpo casi transparente de Miss Amy, un abrazo que aunque nunca se repitiese, duraría una eternidad (Fuentes 1996: 194-195).

2.5. “La frontera de cristal”

2.5.1. Nociones estereotipadas y prejuicios nacionales

El mexicano Lisandro Chávez viaja con un grupo de compatriotas desempleados en avión a Nueva York, donde ellos, a pesar de los gastos de desplazamiento, constituyen una mano de obra todavía más barata que los obreros

estadounidenses. La metrópoli norteamericana le parece mucho más dinámica que la capital de su propia patria; Fuentes evoca de esta manera el cliché de los Estados Unidos como nación pionera y trabajadora, opuesta a México como nación deprimida y fatalista:

No era lo mismo mirar el polvo ardiente de México, máscara de un sol infatigable, resignándose a la pérdida de la ciudad, que admirar la corona de nieve que engalanaba los muros grises y las calles negras de Nueva York, y sentir un pulso vital: Nueva York construyéndose a sí misma a partir de su desintegración, su inevitable destino como ciudad de todos, enérgica, incansable, brutal (Fuentes 1996: 212).

Cuando limpia las paredes de vidrio de una torre de oficinas, “un edificio todo de cristal” (Fuentes 1996: 213), Lisandro puede observar en su despacho a la profesionalista Audrey, descrita con los atributos estereotipados de una mujer moderna norteamericana; a saber, atractiva, deportiva, con ambición y éxito en su carrera, independiente (porque está divorciada) en su vida sentimental (Fuentes 1996: 216).

Sin embargo, en secreto Audrey se siente no menos sola que el trabajador inmigrado Lisandro; ambos anhelan algo de calor humano, y por eso, de su fugaz encuentro nace una manifestación de simpatía recíproca.

2.5.2. Superación de las ‘fronteras mentales’ mediante encuentros y procesos de aprendizaje

Audrey y Lisandro se observan mutuamente a través del vidrio que los separa; esta “frontera de cristal” es también el símbolo de los prejuicios nacionales que impiden su verdadera unión.

Audrey cree discernir en el rostro del mexicano importantes cualidades humanas que había buscado en vano en los hombres estadounidenses, sobre todo en su ex marido; viendo los ojos sensibles y tristes de Audrey, Lisandro olvida sus prejuicios sobre las mujeres norteamericanas (Fuentes 1996: 220-221).

Ambos crean en su fantasía el carácter de la persona de enfrente, proyectan sus propios deseos en el extranjero; una situación emblemática que corresponde a la difícil relación entre México y Estados Unidos:

Ella no sólo lo miraba. Lo imaginaba. Iba un paso por delante de él. Lo imaginaba en toda clase de situaciones. [...] Quizás él adivinó algo de lo que pasaba por la cabeza de ella. Hubiera querido decirle con franqueza, soy distinto, no te fies de las apariencias, [...] no soy lo que te imaginas (Fuentes 1996: 222).

A pesar del obstáculo transparente que los separa, no sólo perciben un sentimiento de amistad, sino hasta empiezan a enamorarse:

Pasaron varios minutos mirándose así, en silencio, separados por la frontera de cristal. Entre los dos se estaba creando una comunidad irónica, la comunidad en el aislamiento. [...] Separados de los demás, ella y él frente a frente una mañana de sábado insólita, imaginándose (Fuentes 1996: 223).

Ambos tienen al mismo momento la idea de comunicarse sus nombres; Audrey escribe con lápiz de labios y en espejo “YERDUA”. La reacción de Lisandro debe ser interpretada como consecuencia de un complejo de inferioridad; no indica su nombre personal, sino sólo su ciudadanía mexicana (y ésta en inglés en lugar de en castellano):

Ciegamente, sin reflexionar, estúpidamente quizás, acomplejadamente, no lo sabe hasta el día de hoy, escribió solamente su nacionalidad, NACIXEM (Fuentes 1996: 224).

A pesar del beso simbólico al final del relato –“los labios se unieron a través del vidrio” (Fuentes 1996: 224)–, por el momento no parece existir la posibilidad de una relación equilibrada y estable entre un mexicano y una norteamericana.

2.6. “Río Grande, Río Bravo”

En el último cuento del volumen –cuyo título se refiere al hecho de que el mismo río tenga dos nombres diferentes, según sea mencionado desde el sur o desde el norte²–, tanto la manifestación de los prejuicios nacionales como su superación llegan a un punto culminante.

2.6.1. Nociones estereotipadas y prejuicios nacionales

Mediante el personaje del guardia fronterizo Dan Polonsky el autor nos quiere mostrar que algunos de los hijos de inmigrantes europeos viven una especie de patriotismo estadounidense exagerado, que se dirige contra los inmigrantes mexicanos o en general latinoamericanos:

Nadie defendería a su patria mejor que ellos, pensó Dan mientras miraba del lado norteamericano al lado mexicano del río. [...] Dan Polonsky no quería perder por nada su trabajo, le satisfacía demasiado. [...] Había que salvar la frontera sur. Por allí entraba ahora el enemigo (Fuentes 1996: 265, 266 y 267).

La desconfianza frente a México de un personaje como Dan Polonsky llega a tal punto que hasta acusa de falta de lealtad hacia Estados Unidos a un colega de procedencia mexicana (pero de nacionalidad norteamericana):

² Un detalle simbólico ya mencionado en *Gringo viejo*: “Era su despedida de México. Los dos miraron un rato, sin hablar, las aguas turbias, veloces pero flacas, de ese río que los norteamericanos llaman grande y los mexicanos bravo” (Fuentes 1989: 176).

—Déjame ser franco, Mario, ustedes los mexicanos que sirven en la patrulla tienen que demostrar su lealtad más convincentemente que nosotros, los verdaderos norteamericanos (Fuentes 1996: 281).

Las posibles consecuencias de este racismo abierto son descritas más tarde en el mismo cuento; se trata de un ataque por sorpresa de neofascistas estadounidenses contra un grupo de inmigrantes ilegales, que tras una orgía de odio y sangre termina con la muerte de 23 hombres:

Vieron los brazos tatuados con insignias nazis, las cabezas rapadas, las sudaderas con las palabras de la supremacía blanca, las manos levantadas en el saludo fascista, los puños agarrando tarros de cerveza, [...], que de repente rodearon a Gonzalo Romero y el grupo de trabajadores, [...] empezaron a gritar [...] muerte a los mexicanos, vamos a invadir México, más vale empezar ahora, salimos a matar mexicanos y a quemarropa dispararon cada uno sus rifles de alto poder (Fuentes 1996: 301).

2.6.2. Superación de las 'fronteras mentales' mediante encuentros y procesos de aprendizaje

El resultado positivo de un encuentro afortunado entre mexicanos y norteamericanos es simbolizado por el personaje del escritor chico José Francisco, en cuya obra las dos culturas logran una fusión fructífera.

Ya en los otros relatos de *La frontera de cristal* Fuentes había aludido de vez en cuando al fenómeno del contacto lingüístico entre inglés y español;³ pero es sólo aquí, en la última narración del libro, donde el autor utiliza por primera vez la expresión "chicano".

El personaje ficticio José Francisco había llegado en su infancia con sus padres de México a Estados Unidos y allí había frecuentado una *high school* norteamericana, pero sin renunciar al uso del español y sin la voluntad de una asimilación total a la cultura estadounidense. Como adolescente empezó a sentir la necesidad de narrar sobre la vida de los inmigrantes que vivían con sus familias en la región fronteriza entre México y Estados Unidos. La manera cómo José Francisco se declara "chicano" y crea un lenguaje particular para sus exigencias artísticas recuerda el nacimiento real de la literatura chicana en Estados Unidos durante los años sesenta y setenta del siglo XX:

³ En "La capitalina": "¿cómo no iban a buscarse lovers?" (Fuentes 1996: 24). En "La pena": "Explícame sin pena y vergüenza, [...] son algo así como pity and shame en inglés" (Fuentes 1996: 60). En "La raya del olvido": "La primera voz, la del lado que no es el mío, que está detrás de mí, habla en inglés. 'He passed away', dice. La otra, enfrente de mí, del lado mío, habla en español: 'Ya se murió'" (Fuentes 1996: 115). En "Malintzin de las maquilas": "sólo tenía chiste en la escarcha, no en el summer" (Fuentes 1996: 144); "three little words como dice el fox" (Fuentes 1996: 146); "no un enviado sun-tan [...] sino un moon-tan" (Fuentes 1996: 161).

Cuando empezó a escribir, a los diecinueve años, le preguntaron y se preguntó, ¿en qué idioma, en inglés o en español?, y primero dijo en algo nuevo, el idioma chicano, y fue cuando se dio cuenta de lo que era, ni mexicano, ni norteamericano, era chicano, el idioma se lo reveló, empezó a escribir en español las partes que le salían de su alma mexicana, en inglés las que se le imponían con un ritmo yanqui, primero mezcló, luego fue separando, algunas historias en inglés, otras en español, dependiendo de la historia, de los personajes, pero siempre unido todo, historia, personajes, por el impulso de José Francisco, su convicción: –Yo no soy mexicano. Yo no soy gringo. Yo soy chicano (Fuentes 1996: 294).

Resumen

En la teoría de los sistemas de Luhmann existe la noción de “autorreferencialidad”, que significa que “el sistema reproduce dentro del sistema la diferencia entre el sistema y su entorno, lo que facilita su manejo procesual” (Luhmann 2004: 304, trad. mía).

A esto corresponde en *Gringo viejo* la afirmación del personaje central de que “cada uno llevaba adentro su México y sus Estados Unidos, su frontera oscura y sangrante que sólo nos atrevemos a cruzar de noche” (Fuentes 1989: 179). Ese “re-entry” a escala reducida en el sentido de Luhmann será percibido como doloroso por parte de los individuos hasta el momento en que los problemas en la frontera geográfica entre los dos países queden resueltos.

Con Robertson hay que subrayar que “la comunicación entre culturas no es lo mismo que la homogeneización de las culturas” (Robertson 1995: 31). Fuentes está a favor de una forma equilibrada de “glocalización” y por ende hace decir al autor chicano José Francisco al final de *La frontera de cristal*:

¿No es el lado mexicano su propio acá y allá, no lo es el lado gringo, no tiene toda tierra su doble invisible, su sombra ajena que camina a nuestro lado como cada uno de nosotros camina acompañado del segundo yo que ignora? (Fuentes 1996: 292).

Que esa sea la verdadera propuesta de Carlos Fuentes para el nuevo milenio queda confirmado por un coloquio con Constantin von Barloewen que tuvo lugar en el año 2000 y durante el cual el mexicano dijo: “Todos somos el resultado [...] de un encuentro de culturas. Una cultura que se aísla de las otras es una cultura moribunda” (Dröscher/Rincón 2003: 278).

Bibliografía

- Boldy, Steven (2002). *The Narrative of Carlos Fuentes: Family, Text, Nation*. Durham.
- Dröscher, Barbara/Rincón, Carlos (eds.) (2003). *Carlos Fuentes' Welten. Kritische Relektüren*. Berlin.
- Fuentes, Carlos (1989, ¹1985). *Gringo viejo*. Madrid.
- Fuentes, Carlos (1994). *Nuevo tiempo mexicano*. México. D. F.

- Fuentes, Carlos (1996, ¹1995). *La frontera de cristal. Una novela en nueve cuentos*. Madrid.
- Fuentes, Carlos (2002). *En esto creo*. Barcelona.
- Guzmán, Daniel de (1972). *Carlos Fuentes*. New York.
- Hernández de López, Ana M.ª (ed.) (1990). *Interpretaciones a la obra de Carlos Fuentes*. Madrid.
- Luhmann, Niklas (2003, ¹2002). *Einführung in die Systemtheorie*. Darmstadt.
- Luhmann, Niklas (2004, ¹2001). *Aufsätze und Reden*. Herausgegeben von Oliver Jahraus. Stuttgart.
- Paz, Octavio (2002, ¹1950). *El laberinto de la soledad*. Edición de Enrico Mario Santí. Madrid.
- Reyzábal, María Victoria (1988). “Mantener un lenguaje o sucumbir al silencio (Entrevista a Carlos Fuentes)”. En: Ministerio de Cultura (ed.) (1988). *Carlos Fuentes, Premio «Miguel de Cervantes» 1987*. Madrid, pp. 83-101.
- Robertson, Roland (1995). *Glocalization: time-space and homogeneity-heterogeneity*. En: Mike Featherstone/Lash, Scott Lash/Robertson, Roland (eds.) (1995). *Global Modernities*. London, pp. 25-44.
- Ruhl, Klaus-Jörg/Ibarra García, Laura (2000). *Kleine Geschichte Mexikos. Von der Frühzeit bis zur Gegenwart*. München.
- Williams, Raymond Leslie (1998, en inglés ¹1996). *Los escritos de Carlos Fuentes*. México, D. F.